

Biblioteca Científica Popular

SECCION I

Medicina — Higiene — Biología

HIGIENE BIOLOGICA

Por el doctor Demetrio F. Salas.

Verdadera guía de la salud y la longevidad, que ha merecido universales elogios de profesionales y profanos.

Fundada en los sanos principios de un naturismo razonado y científico, la obra del doctor Salas tiene un interés y mérito reconocido por técnicos y profanos en la materia.

Numerosas ediciones se han hecho en diversos países de este libro; pero entre todas ellas, la más pulcra, cuidada y perfecta, es la de esta Biblioteca.

PRECIO: DOS PESETAS.

SECCION II

Ciencias físico-químicas y sus aplicaciones industriales

QUIMICA DEL MOTOR

(CARBURANTES Y LUBRICANTES)

por E. Sevilla Richart, ingeniero.

Importante obra de rigurosa actualidad, en la que se trata del magno problema de la producción nacional del petróleo y gasolina, haciendo, además, un detenido estudio de todos los carburantes y lubricantes para motores.

Libro utilísimo y práctico, al alcance de todos.

PRECIO: TRES PESETAS :: De venta en todas las librerías

Editorial Guerri Colectivizada. - Valencia

La SEMANA LITERARIA POPULAR



La semana literaria popular

II EPOCA
N.º 7

REVISTA ILUSTRADA — — APARECE LOS SÁBADOS
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
AVENIDA DE JACINTO BENAVENTE, 20. — VALENCIA

24 ABRIL
1937

Precios de suscripción

España 3'50 pesetas trimestre.

Extranjero 7'00 pesetas trimestre.

Números sueltos:

España, 30 céntimos. Extranjero, 60 céntimos.

K-K-O — Perragorda

Gran semanario infantil

Alegría y encanto de los niños —:— Ameno, instructivo, moderno y económico.

* * * * *

OCHO PAGINAS EN COLORES

* * * * *

10 céntimos —:— Se publica los jueves.

¡DEMASIADO TARDE!

por
MARIO MARIANI

Había ido tanto por casa de ella, que a la postre acabó enamorándose.

Perdidamente.

Ella cantaba y reía.

Reía cuando él se cogía a sus rodillas implorando, sollozando, gimiendo. Reía cuando él le hablaba de suicidarse. Reía. Después le pedía un cigarrillo y fumaba.

El tenía veinticinco años; ella, diecisiete. Sin embargo, lo trataba como a un niño y le reñía como una madre: "Mira... Hay que ser cuerdos; hay que tener dos dedos de frente; hay que tener un poco de buen sentido. Las mujeres abundan. Y las hay más bonitas que yo, que no soy fea... ¿Por qué te has de fijar en mí?..."

—Porque te amo; sólo te amo a ti; sólo te quiero a ti.

—¿Sabes que me estás resultando muy tacho y muy testarudo? ¿Por qué te obstinas conmigo precisamente que ni quiero ni puedo? Dicen que por hacer el amor se estropea la voz y se estropea una. Y yo, para tener mi media naranja, nada más confío en mi belleza y en mi voz. Conque..., va para largo. Las que pueden dedicarse en serio al amor son las que ya tienen su pareja, o las que tienen un amante rico o un marido rico: da igual. Y entonces, si tienen la cabeza en su sitio, son fieles al amante

o al marido rico o—más exactamente—a su pareja. Porque una imprudencia o una escena pueden ocurrir con mucha facilidad... Y entonces todo va a rodar. ¡Hay que comenzar otra vez por el principio! ¡Hay que buscar y rebuscar otro hombre con cien mil francos de renta! Y eso no es fácil. Para substituirle hay que apelar a dos, tres, cien hombres. Y se va descendiendo hasta acabar en el arroyo, apostada de noche en las esquinas. Cree que las hay guapas, ¡guapas de verdad! Pero las pobres padecen mucho... ¡Qué lástima! Si tuvieras la cartera llena irías a buscarlas y me dejarías en paz, con lo cual harías dos buenas obras.

Y él volvía a insistir, a suplicar. Le decía que ninguna mujer le gustaba más; que siempre la tenía en los ojos, en el cerebro y en la sangre.

Pero ella replicaba:

—¡No, no! Has leído muchas novelas que te han trastornado la cabeza, y ahora me estás importunando. Eso es todo.

* * *

El, en efecto, era un pobre empleado de un Banco, y no tenía ninguna esperanza. Ella estudiaba canto, porque creía tener una voz de oro. Además, era coqueta y calcula-

dora. El había hecho mal en caer a los pies de ella; pero, ¡era el Destino! Desde niños vivían en la misma casa, pared por medio, como quien dice. Habían crecido juntos. Y ahora que no podía quitársela de la sangre, sentía su alma desgarrada.

La veía coquetear con él como con todos; cantar siempre en false-te; fumar y reír, reír...

Aquella risa le enojaba y le crispaba los nervios, porque si bien tenía un son argentino, era estridente, falsa, maligna.

Por la noche la veía marchar al teatro en automóvil con éste o aquél adorador, y con la madre contenta que dormitaba—ausente y digna—en un rincón del coche. Y él se quedaba en su cuartito mientras los celos le roían durante horas enteras.

Sin embargo, todas las noches se asomaba al balcón para experimentar aquel escalofrío, para vivir aquel minuto picante y torturador. Ella desembocaba por el portal en vuelta en una capa de terciopelo verde y apoyando su brazo desnudo en el brazo de un caballero cualquiera. Atravesaba la acera en tres saltos. Apoyaba en el estribo el pie pequeño, fino y nervioso apretado en el brillante zapatito de seda. Se doblaba para no estropearse el peinado, pero de manera que al doblarse la capa de terciopelo dibujaba los costados y las caderas, produciendo el vértigo a quien la mirase. Luego se veía el tobillo y la pantorrilla blanca apenas velada por la negra media sedosa y de mallas finas. Después, nada. Se marchaba el automóvil.

El sabía que el caballero que la acompañaba dentro del coche establecía un fuerte contacto de rodillas, la miraba en los ojos y estrechaba las muñecas de ella, bajo la

capa de terciopelo verde, verde como el veneno. Todo en ella estaba envenenado, hasta aquella romanza suya de las rodillas y de los ojos, que le venía a la memoria todas las noches, en el coche o en el palco, frente al adorador:

Ojo de noche que mirando quema,
boca de sangre que riendo besa;
ojo de noche que al mirar te besa.
boca de sangre que al besar te quema.

Me tiemblan las rodillas
si me miras a los ojos;
me tiemblan las rodillas
si la mano me tocas.

* * *

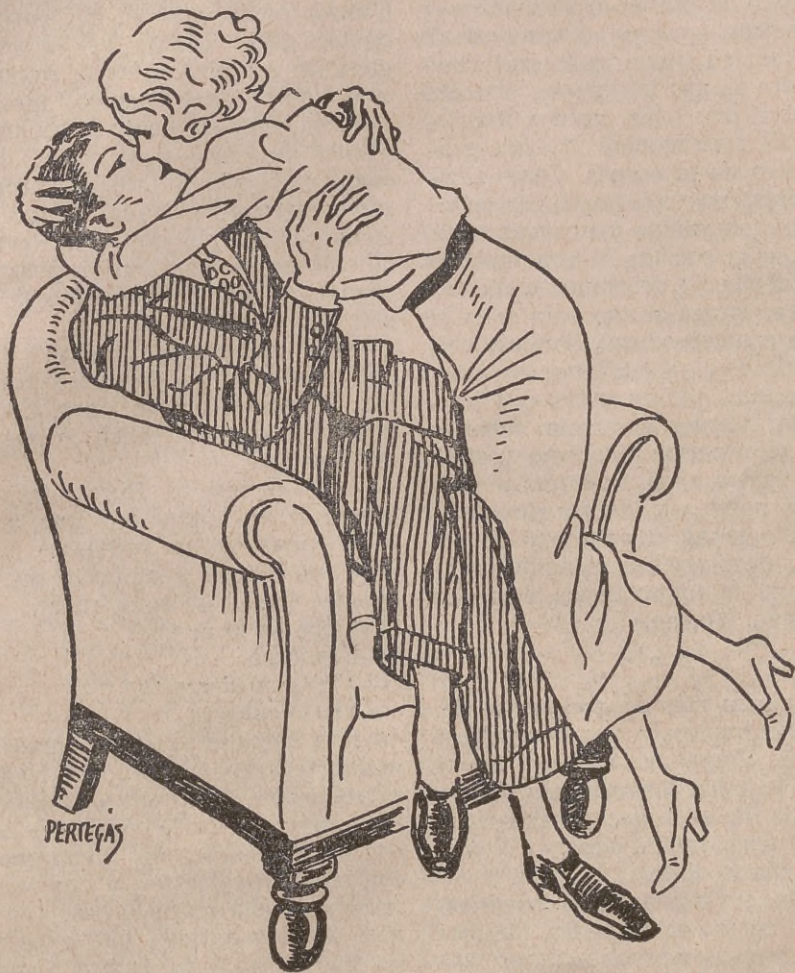
¡Si al menos él hubiera sabido contentarse!... Ella se portaba muy bien con él, y era franca hasta la exageración. Se dejaba besar y abrazar defendiéndose apenas, bromeando. Pero él volvía siempre a la cantinela de quererla para él solo y casarse con ella haciendo, además, escenas de celos.

Pero una vez se enfadó ella de veras, y con aire ofendido le espetó en pleno rostro y con la mayor claridad todas sus cínicas ideas:

—¡Vaya! ¡Ya es hora de que terminemos! Te he dicho en todos los tonos que tú, para mí, no puedes ser más que un amigo si quieres. Si no te acomoda, la puerta está abierta, lo cual quiere decir que puedes irte para no volver. Estoy aburrida de tus lloriqueos, de tus ruegos y, sobre todo, de tus escenas de celos. No puedo más. Entendámonos. ¿Qué pretendes? ¿Qué quieres de mí? ¿Se puede saber? ¿Te he dicho alguna vez que te amaba? ¿Acaso te he prometido algo? ¿Te he jurado amor

eterno, como hacen todas las mamás de mi edad? Te he dado muchos besos. Te doy todavía los que quieres. ¡A mí qué!... La boca nada pierde porque la besen; los besos no dejan mancha. Igual seré por uno más

entonces me libré y ahora tengo la cabeza en su sitio, no hay, querido, nada que hacer entre los dos. Tú nada más eres mi mejor amigo. Si te place, bien. Si no, mejor. Ten en cuenta que contigo soy sincera has-



o uno menos. Cuando teniendo doce años me diste el primero, yo no comprendía nada. Y si tú no hubieras sido un imbécil, ahora..., ya estarías cansado. Pero desde el momento que

ta la brutalidad. Ya es mucho. Debieras agradecermelo. Para tratar a todos los demás, me enmascaro. Contigo, no. Pero precisamente porque soy sincera debieras compren-

derme, debieras comprender que lo que piensas es un imposible, y por tanto debieras no fastidiarme en manera alguna. En caso contrario, me obligarás a rogarte que evites toda ocasión de molestarme. ¿No sabes que busco un marido o un amante—da lo mismo—que sea rico, muy rico? Si lo consigo, ¡tendrás lo que quieras! Pero tú, con tus ciento cincuenta francos al mes, ¿qué puedes ofrecerme? ¿El matrimonio? Muchas gracias, pero no lo acepto. Como comprenderás, no voy, por ti, a querer untarme las manos y quemarme los dedos en la cocina; a llorar cuando corte cebollas; a deformarme el cuerpo nueve meses al año para traer al mundo a mocosos que lloren y chillen todo el día; a lavarme los mismos guantes treinta veces con bencina para heder como un automóvil; a reformarme el mismo vestido tres o cuatro años seguidos; a vivir entre el hambre y la casa de empeños... No tengo el propósito de ser fregona de ningún empleadillo ni incubadora de hijos. Busca otra que se avenga. Yo, no.

* * *

Se vieron más de tarde en tarde. El ya no imploraba, ya no rogaba. Pensaba. Empalidecía. En el entrecejo se le había formado una arruga que cada día se le hacía más honda. Parecía tener treinta años.

Un día le dijo:

—Todas tus teorías están muy bien, pero tú no me comprendes. He meditado largamente sobre tu pretendido cinismo. Puedes ser cinica porque no me quieres, porque no quieres a nadie. Si me amaras, todo tu sentido práctico rodaría por tierra. Pero no amas a nadie. Tienes la sangre blanca; eres fría.

Ella negó:

—¡No, no! Hay momentos en que sintiendo mis dieciocho años y mi sangre ardiente, la tentación danza en torno mío. Y te envidio, querido, como envidio a todos los hombres. Cuando pienso que tú, que vosotros podéis hacer cuanto os venga en gana sin escrúpulos, daría cualquier cosa por haber nacido hombre. ¿Crees que nunca siento turbaciones? ¿Crees que no soy de carne? Pero cuando me siento turbada, procuro serenarme; eso es todo. Tengo una voluntad que me obedece. Primero quiero lograr una buena posición; después... quizá... podré pensar en mis caprichos.

—Con cualquiera, ¿verdad? Porque para ti, otro y yo somos lo mismo. Porque tú no me amas. Eso es lo que yo quisiera saber, lo que me interesa más.

—¿Te interesa?... Pues mira: me gustas y te quiero más que a los otros; pero eres un pelagatos...

—Si yo estuviera seguro de que me quieres, lo demás sería cuenta mía.

—¿Qué es lo demás?

—El dinero.

—¿Tú con dinero?

—Sí; lo robaría.

Ella quedóse asustada. Inmóvil y muda, reflexionó. Luego se levantó súbitamente, metió sus dedos entre los cabellos de él, le cogió la cabeza con las manos, le miró intensamente con ojos entreabiertos, y por primera vez fué ella quien lo besó con un beso largo y rabioso, que a los dos les tiñó la boca de sangre. Cuando habló estaba sofocada y tenía la voz ronca.

—Oye... Si tú hicieras eso..., si robaras por mí, si robaras por hacerme rica..., yo sería tu esclava toda la vida, iría contigo al fin del mun-

do, al infierno... ¡Te amaría, te amaría!... ¡Ni tan siquiera puedes pensar cómo te amaría! Creo que te abrasaría.

El estaba pálido, como si ya hubiera robado y como si para ello hubiera tenido que matar.

—Esta noche, Dora, ha sido la primera vez en que tú me has besado antes de que yo te besara. Y me has besado como se besa cuando se ama. Siento mareos, la sangre me hace daño... No me has prometido nada; pero esta noche debes jurar por tu belleza, por tus maldades y por tu ambición, que si robo, que si mato y que si me arruino tú vendrás conmigo y serás mía para siempre.

—Sí. Iré contigo donde quieras. Ya te he dicho que hasta el infierno.

—Acuérdate. A cualquier hora de tu vida, bien sea de día, bien sea de noche, aunque estés moribunda, cuando yo te diga: "Es la hora", debes escapar conmigo, correr detrás de mí destino. Ojo, ¿eh? Mira que si en ese momento me fallaras y tuvieras miedo al ladrón, a tu ladrón, te mataría como a una perra.

Ella prometió de nuevo y juró. Se abrazaron estrechamente; ella con la cabeza echada hacia atrás, con los ojos cerrados, feliz; él doblado sobre la cabeza rubia que olía a "Indian-Hay", a pecado y a juventud.

Estaban frente al marco del balcón de un cuarto piso. Abajo, la ciudad sinfín encendía su lámpara en las moradas sombras del crepúsculo. Las caras de los hombres se dibujaban en el cielo violáceo como un escenario obscuro sobre sangre pisoteada.

Y él pensaba:

—¡jaulas de fieras en celo! Cada ventana iluminada es marco de un mal, de un drama, de una pasión, de

un delirio. ¡Luchas sangrientas, derrotas, victorias! Hay que vencer.

Ella pensaba en un ligero vestido de velos vaporosos, y de blondas, y, sobre las carnes semidesnudas, en un derroche de joyas pérfidas: sortijas y collares, ajorcas y broches, brillantes, zafiros y rubíes...

* * *

Estaba convenido. Ahora se veían menos, casi contentos de no anticipar por nada su gloria y de guardar cada uno el secreto en el fondo de su alma, con el convencimiento de que tras la terrible promesa no eran necesarias las palabras.

El meditaba. ¿Remordimiento? ¡Ca! Eso son estupideces y fantasmagorías de Shakespeare y de Dostoiewsky. El remordimiento se puede tener antes de decidirse a un delito, pero no después de realizado. Cuando yo llevo a cabo un delito, hago un acto de justicia contra la sociedad que creo injusta hacia mí, o contra alguien que me ha hecho daño. Nadie roba o mata por capricho. Quien delinque ha ponderado en el fondo de su conciencia el pro y la contra, el bien y el mal, convenciéndose de que tiene derecho a su delito. Yo tengo derecho al amor, al amor de ella. La amo desde los seis años, desde cuando se despertaba en ella la primavera de la feminidad, desde que pasó por sus ojos de niña la primera llama que revelaba a la mujer. Es mía... Y yo, joven y fuerte, soy tan bello como ella. La sociedad la destinaría a un viejo obeso, legañoso, soez y repugnante, solamente porque ese viejo tendría dinero. A ella la sociedad le impone la miseria o una unión lúbrica; a mí, la renuncia. Son dos injusticias. Yo, rebelándome

me, robo, y si llega la ocasión, mato, con lo cual soy justiciero. ¿Remordimiento? ¡Ca! El remordimiento debe tenerlo la sociedad, pero no yo. ¿Y si me cogiesen y me condenaran? Sería la violencia de muchos contra el derecho, sería una conculcación de mi derecho.

Ya estaba tranquilo. Nada más le faltaba que preparar aquello, de lo cual hablaba a veces con ella, en voz baja, entre beso y beso.

—¿Has encontrado algo?

—Me parece que sí. Estoy estudiándolo.

—Hay que ir aprisa; no puedo más.

—No es fácil. Además, hay que hacerlo bien. Y aprisa y bien son palabras incompatibles.

Pasaron tres meses. Una tarde ella lo recibió mal. Con ojos crueles, abriendo apenas la boca y contrayendo todos los músculos de la cara, le dijo:

—Yâ hace tres meses que espero. Tú no te decides. Pero yo, por cuenta mía, he encontrado algo con la ventaja que no tiene peligros. Es un imbécil de cincuenta y cuatro años, pero dispuesto a hacer donación en favor mío. Es repugnante, pero yo no lo quiero a él; quiero el arreglo, el automóvil. En cuanto a él, cerraré los ojos y me desinfectaré lo mejor que pueda. Así es que si no te das prisa, acepto.

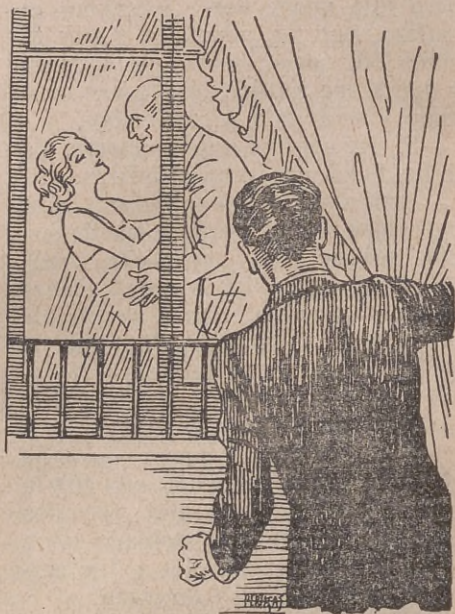
Pidió él una semana. Y accedió ella.

* * *

Partió para un pueblo, un pueblecito lejano, en la comarca del Abruzzo. Necesitaba hacer dos llaves complicadísimas: una de una puerta y otra de una caja de caudales. Había sacado el molde con cera. Ade-

más, necesitaba comprar una navaja segura con hoja de acero y con tres muelles. Convenía más comprar leños aquellos utensilios, porque la compra en la capital hubiera proporcionado indicios a la policía. En lo que se refería particularmente a las llaves, había en su pueblo un cerrajero que era un artista ignorado.

Su proyecto ya estaba definido con todos los detalles. Frente a la casa donde él y ella habitaban en la



capital, vivía solitario y misteriosamente, en un pisito, un gran accionista del Banco en que él estaba empleado. Por encargo del Banco había ido varias veces a llevarle documentos y títulos.

Y había observado que el viejo tenía el dinero en una caja de caudales idéntica a las de su Banco, cuyo secreto conocía. Se trataba de hacerse con una llave, de dar luego

vuelta a la aguja de acero de una especie de cuadrante, hasta llegar a cierta señal, y por último de apretar un botón. La caja de caudales se abría...

Los viernes por la tarde le mandaban del Banco grandes cantidades, porque el sábado tenía que pagar al personal de dos fábricas. Había que robar el sábado por la tarde, de ocho a nueve, porque a esa hora el viejo siempre salía. Y si volviese de pronto... Pensaba él en el cuchillo.

Llegó a la ciudad el viernes por la mañana, pero permaneció escondido. A ella le escribió solamente: "Esta noche no salgas".

* * *

Desde un oscuro callejón vigiló la casa del hombre de negocios. Lo vió salir a las ocho y perderse a lo largo de la calle. Andaba lentamente, tranquilo, fumándose un puro. Pensó él: "Si vuelves a casa muy pronto, ya no fumarás más". Dejó pasar un cuarto de hora. En seguida, tapándose con el cuello del gabán, atravesó apresuradamente la calle, entró en el portal, le dió un nombre a la vieja portera, abstraída en la lectura de un diario, subió las escaleras de cuatro en cuatro, aseguróse de que nadie subía detrás y de que nadie bajaba hacia él, y probó la llave con buen resultado. Abrió, entró y cerró la puerta por dentro. Estaba como en su casa. Recorrió el pasillo y la sala, entrando después en el despacho. Paróse ante la caja de caudales. Iba a decidirse su fortuna.

Esperó un momento para respirar. El balcón, que tenía las persianas caídas, daba a la calle. Como enfrente estaba la casa de ella, veía su balcón, el balcón del juramento. Se

acercó para separar las persianas. Ella estaba en otra habitación, probablemente en la alcoba, porque en la alcoba había luz. Quizá se vestía para salir.

¿No habría recibido su carta? La vió en camisa, con la cabellera suelta. Luego...

Se quedó de piedra.

Con ella había un hombre, un viejo que se inclinaba sobre ella, la besaba, la ensuciaba. Y ella no resistía, sino que cedía blandamente, contenta, resignada. Y el viejo, ¿no había duda!, era el banquero, el accionista, el hombre de negocios.

Era el robado que robaba.

Se enfrió y sintióse en una calma perfecta.

Dijo:

—¡Demasiado tarde!

Y le pareció que ya no la amaba.

Pensó:

—Ahora somos dos ladrones.

Buscó la llave de la caja de caudales.

Y volvió a pensar:

—Si la llave no aprovecha, si no puedo robarle el dinero, correré junto a ella y la mataré.

Pero la llave entraba. Y la caja se abrió.

Habían fajos de billetes de Banco muy ordenaditos y papel de renta al portador. Se lo metió todo—unos cuatrocientos mil francos—en el bolsillo, diciendo:

—Es imposible que piensen en mí. Ella, quizá. Pero no dirá nada.

Al día siguiente se presentó ante el director del Banco. Para alejar sospechas. Tenía mucha serenidad.

Dijo:

—He de volver para siempre a mi pueblo, porque mi padre es viejo y me necesita para administrar algún dinerillo.

El director le estrechó la mano.
A mediodía ya había pasado la frontera.

Ella no habló.

La policía siguió la pista de una sociedad de ladrones internacionales.

* * *

La bola de nieve del diablo se dobló y se triplicó. Llegó a ser millonario. Tres años después se vieron en Aix-les-Bains.

Ella, que también estaba rica, le dijo riendo:

—Salió bien el golpe, ¿eh?

Y añadió:

—¿Sabes que yo, en realidad, siempre he pensado en ti?... ¿Quieres que ahora...?

El contestó riendo:

—No. Entonces llegué yo demasiado tarde. Ahora eres tú la retrasada. Tú, entonces, eras tú; ahora eres como todas las otras... ¿Qué le vamos a hacer?



DE ACTUALIDAD

MARTE

Aquí tenemos al rubicundo planeta. Magnífico como un dios en su sitial celeste, se levanta por el horizonte oriental a las once de la noche. Un poco más al sur se halla también una estrella del mismo color: Antares. Este nombre quiere decir rival de Marte. Un profano que juzgara a los dos luminares, declinaría su favor a Marte. Pero el astrónomo que juzga las cosas del cielo por sus valores intrínsecos y no por las apariencias, daría su voto a Antares, considerado como generador de la luz y magnificencia, pues Marte es un pigmeo del espacio que debe su aspecto de astro de gran magnitud a su proximidad a la Tierra.

En esta visita de Marte no ha habido telegramas enigmáticos de este planeta, como ha ocurrido otras veces, y hasta unos días antes del perigeo que ocurrió el 15 de diciembre de 1928, un austero doctor inglés, Manfields Robinson, se creyó en el caso de levantarse de la cama, desafiando los celos de su esposa, para ir a la primera estación telegráfica inalámbrica y contestar con un radiograma a otro, que se había recibido misterioso y ultraterrestre, al parecer, en varias estaciones de Europa.

Manfields Robinson tenía fe en la existencia marciana de una alumna que, al morir, le prometió dar conocimiento de su vida desde el mundo de Marte. Así es que el doctor espírita estuvo una media hora con los auriculares puestos, esperando que su discípula le contestase.

¿Estaría ya lejos de la central radiográfica marciana la entusiástica dama por cuanto no acudió al despacho de transmisión de mensajes, y dejó de este modo a su maestro sin esperanzas de confirmar lo que en él era una convicción?

No lo sabemos. Manfields Robinson, lo mismo que su alumna, sabían que entonces no era ocasión oportuna de enviarse mutuos telegramas.

Y en tanto que el doctor se contenta con pasar estos años con la colaboración prosaica de su esposa terrestre, la gentil marciana tal vez suspirará, desde aquellos lugares, por el mundo de su vida anterior, en donde sufrió el desencanto de no sentirse comprendida ni aun de su propio maestro.

Quizá muera éste antes de la fecha ideal del mínimo perigeo que ocurrirá en 1939. Los años en la Tierra son muy cortos y

para los viejos son más cortos todavía. El tiempo es devorador en nuestro triste planeta. Representa treinta kilómetros por segundo; dos millones quinientos mil kilómetros por día, y éstos se suceden sin interrupción. Cae un año encima y está el que sigue en marcha.

En Marte las cosas no pueden ocurrir como en la Tierra. Es un mundo más pequeño, más fácilmente visitable, y si allá ha existido el mismo sentimiento de socialización que aquí, habrá podido manejarse toda su población con mucho menos esfuerzo del que se desarrolla para mal entenderse los hombres.

El mismo tren que emplearía 16 días y 16 horas en dar la vuelta al mundo, necesitaría apenas nueve días para dar la vuelta al planeta marciano. Yo recuerdo una visita que hice a Marte. Me hallaba a 112.000 kilómetros de sus mares, continentes y canales. Tenía gran interés por ver el mar del Reloj de Arena. En su parte oriental se extendía el desierto o llanura de Lybia, bañada algunas veces por las inundaciones del mar del Reloj. A su lado se distinguía el lago Loeris, y más allá la blanca comarca de Isidis. Allí es donde Comas Solá vió en octubre de 1911 una humareda, quizá volcánica, que se extendió rápidamente por el mar Tirreno,

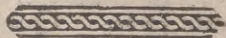
Sirte Menor, Japygia... En otro lado se ve el canal Toht, de cambiantes colores. Y más allá, las tierras de Etiopía, el Eliseo y la Zephyria, con sus regiones lacustres y sus numerosos canales. Del sombrío golfo llamado de los Titanes empieza un canal que conduce al lago Proponte. En otra ocasión pude ver el paraje por donde los astrónomos terrestres hacen pasar el primer meridiano de Marte. Es un golfo que por esta razón se le llama Golfo del Meridiano.

Y hubiera querido transportarme a aquellos ideales panoramas; contemplar desde las riberas de sus poéticos lagos la puesta del Sol, que es el mismo sol que nos alumbra, cuyos ocasos deben producir crepúsculos inimaginables, y seguir con la mirada el rápido desplazamiento de sus dos lunas,

Cuando mi amigo el astrónomo me dijo que probablemente la vida no existiría en Marte tan bella como yo me la imaginaba, le contesté:

—¿Quién es capaz de saber lo que ocurre allí? Un pez del mar no es capaz de imaginar cómo se vive en la tierra. Así, nosotros, somos, con respecto al conocimiento de esas grandes cosas, unos perfectos percebes.

PIGMALION.



Un encuentro providencial

Cuando don Crispulo Hernández-Araña, gerente de la fábrica de calzados *La Irrompible*, apreció la débil constitución del individuo que enfervorizadamente le recomendaba su íntimo amigo el dicteror de *El Humo*, Sociedad aseguradora de incendios, le fué imposible reprimir un ademán de sorpresa y una sonrisa.

Era el recién llegado un hombre de treinta y tantos años, de cara doliente y desanimados ojos, cuellilargo, mal vestido, parvo, flaco y de color pajizo; uno de esos individuos miserablemente alimentados y de aspecto cobarde, cuya presencia, sin que ellos se lo propongan, es siempre en los entierros una nota oportuna. Doroteo Pérez se llamaba.

—La recomendación que le acompaña—comenzó a explicar el señor Hernández-Araña—es decisiva. Así, pues, desde ahora está usted colocado. Pero, usando de la franqueza ruda que me distingue, he de hacerle a usted la advertencia siguiente: que el cargo de cobrador no corresponde a su figura..., ¿usted comprende?... porque los empleos son a las personas como los trajes, y el que usted solicita “va a venirle ancho”.

A Doroteo se le atribuló el rostro, y en la serenidad alimonada del frontal sus cejas, repentinamente afligidas, dibujaron un acento circunflejo. Prosiguió don Crispulo con la voz imperiosa de quien sabe lo que dice:

—Para evitar que ninguno de los

doce cobradores que trabajan en la casa pierda su tiempo, yo acostumbro a ir desglosando o separando de los “callejeros” de la cobranza los recibos de los deudores morosos. Estas cuentas, punto menos que incobrables, son las que usted ha de hacer efectivas. Pasan de mil. Como usted ve, no le ofrecemos ninguna sinecura, sino, hablando mal y pronto, lo que los argentinos llaman “un clavo” y nosotros “un hueso”... El sueldo tampoco es tentador: dos pesetas. Pero, para mejorarlo, le daremos a usted el veinte por ciento de lo que cobre.

La cabeza exigua y deprimida de sienes de Doroteo Pérez esbozó un gesto afirmativo. El infeliz aceptaba.

—Los individuos con quienes va usted a tener que habérselas—prosiguió don Crispulo—son mala gente. ¿Para qué voy a engañarle? Algunos, los menos, no pagan porque no pueden; otros, porque no quieren; y entre éstos sé de varios que alardean de matones, y a los cuales, por lo mismo, conviene tratar enérgicamente. Yo no deseo molestar a usted; mas..., ¿a qué andar con ambages? Su cuerpo no armoniza con el empleo de que se trata. Si usted fuese como yo, si tuviese las espaldas anchas, las manos velludas y la cara roja, estoy cierto de que cobraría muchos recibos. Para ser un buen cobrador hace falta una figura amenazadora y una voz robusta

y teatral. Desgraciadamente, usted es pequeño, usted carece de musculatura; eso se ve en seguida. Con las mujeres de nuestros deudores, particularmente — las mujeres son más deslenguadas que los hombres—, va usted a pasar muy malos ratos.

—Yo lo creo, pues usted lo dice— repuso Doroteo desmayadamente—. De todos modos, haré cuanto esté de mi parte para quedar bien.

—De eso estoy convencido—atajó el señor Hernández-Araña—, y deploraría que mis apreciaciones le hubiesen lastimado. Yo no dudo de que usted lleve, como cada quisque, su alma en su almario; lo que me parece es que le falta el aspecto, la fachada imponente, de los buenos cobradores. Un cobrador modelo necesita pesar, cuando menos, ochenta kilos...

Dicho esto, puso en sus manos un abultado mazo de recibos, anticipóle bondadosamente el importe de una semana—doce pesetas—, y le despidió.

* * *

Sonaban las once de la mañana cuando Doroteo Pérez salió de las oficinas de *La Irrompible*. Después de catorce meses de cesantía, aquel empleo, no obstante los peligros que lo rodeaban, le parecía un arco iris.

—¡Ya estoy colocado!...—iba diciéndose.

Su primer cuidado fué entrar en un café a desayunarse, pues con el regocijo se le habían agravado las ganas de comer, y ordenar por calles los recibos. Algunos fueron extendidos cuatro años antes—¡cuatro años!—, y los numerosos dedos que anduvieron con ellos los habían ensuciado. Muchos estaban rotos, y

la fecha en que fueron extendidos era apenas legible.

Doroteo, que conocía Madrid al dedillo, advirtió que todas las personas con quienes se proponía avisarse habitaban en los barrios excentricos de la capital, y en las rías más plebeyas y de peor fama, lo que juzgó de malísimo agüero. No desmayó, sin embargo, y pensando que no era la fuerza, como decía don Crispulo, sino la cortesía y las buenas palabras las armas mejores que debía esgrimir, emprendió su calvario. Adivinaba Doroteo que la faena encomendada a su discreción era ardua, mas nunca creyó que las espinas del sendero fuesen tantas. En la primera casa que visitó—un tercer piso interior de la calle de la Escalinata—salió a recibirle una especie de marimacho, despeñada y pechu-gona, rodeada de chiquillos harapientos, que no bien supo de qué se trataba vertió en los escandalizados oídos del flamante cobrador un chaparrón de injurias.

—¿Otra vez?...—gritó—. Pero, ¿a qué viene esto? ¿Usted me cree tonta para pagar unos zapatos que a los ocho días de ponérmelos estaban rotos? ¡Vaya el tío mamarracho con lo que sale ahora!...

Lleno de eubolia, Doroteo, que se había quitado el sombrero, empezó a decir:

—Señora, no se incomode usted; yo no soy más que un enviado...

La mujerona no le dejó proseguir, y adelantando algunos pasos y metiéndole las manos por los ojos:

—¡Tan bribón es usted como quien le manda!... Eso son ustedes: unos ladrones que venden cartón por suela. ¡Ande usted a engañar a su madre, tío tísico, so "hambrón", que no tiene usted carne para un puchero!...

Con el alboroto, pronto las ventanas de los cuartos inmediatos—la casa donde esto sucedía era de las llamadas “de corredor”—fueron poblándose de mujeres de rompe y rasga, alegres y curiosas, que miraban a Doroteo Pérez burlonamente. El ambiente le era hostil. Una voz exclamó, zumbona:

—Se reparten chuletas.

Y otra:

—De salud sirvan

Y una tercera:

—¡Pero que no se las den muy grandes, porque si el caballero no está acostumbrado a comer van a hacerle daño!...

Doroteo advirtió el nublado que se le venía encima, y sin rechistar, desmoralizado, echó a correr. Varios silbidos insultantes, procaces, rasgaron el aire, y cuando descendía la escalera recibió en la naca, fuerte, rotundo, un afrentoso patatazo.

Desde allí, ya repuesto del susto, encaminóse al final de la calle de Segovia, donde había un deudor cuya factura—veinte pesetas—databa de tres años. Con pie ágil subió una escalera oscura, de peldaños usadísimos, que olía a cocido y a leche ahumada, y llamó a una vieja puerta revocada de ocre. A poco, sigilosamente, la mirilla se abrió.

—¿Quién?—inquirió una voz femenina.

—El cobrador de la gran fábrica de calzados *La Irrompible*.

Doroteo Pérez había hablado respetuosamente, como si el señor Hernández-Araña hubiese podido oírle. Hubo un silencio. La voz volvió a preguntar:

—¿Qué deseaba usted?

—Ver a don fulano.

—No está.

—¿Tardará mucho en volver?

—No está en Madrid.

Sin advertir la ironía con que la voz se expresaba, Doroteo repitió neciamente:

—¡Ah!... ¿No está en Madrid?...

—No, señor; don fulano ha salido a visitar sus fincas... Ya le diré que ha estado usted aquí. Lo va a sentir mucho... ¡Ja, ja, ja!...

Cerróse la mirilla, y Pérez, furioso contra sí mismo, derivó escaleras abajo, pensando:

—Soy un mentecato. Desde el primer momento debí comprender que la muy pécora se burlaba de mí.

En la calle de la Ruda estuvo abocado a un disgusto serio. Luego de cerciorarse en la portería de que la persona a quien buscaba vivía, efectivamente, allí, subió al “piso segundo interior, letra D”, y el individuo que salió a recibirle, tan pronto supo de qué se trataba, le agarró de los cabezones, y de un tirón, a trompicones, cual si fuese un pelele, le metió en la casa. Seguidamente, y teniéndole bien cogido de un hombro, le colocó debajo de la nariz un puño queapestaba a tabaco y que a Doroteo Pérez, con el miedo que tenía, le pareció gigantesco.

—¿Conque usted es el cobrador de *La Irrompible*?...

El interpelado, más muerto que vivo, repuso con voz alfeñicada:

—Para servir a usted.

—Pues si en algo estima usted sus huesos, le aconsejo que no vuelva a molestarme. Se lo dice a usted un hermano.

—Está bien, señor; yo...

—¡Conmigo no se juega!...

—Caballero, yo...

—Porque ni los zapatos que venden ustedes son irrompibles, ni las muelas de usted tampoco. Conque...

¡largo de aquí, don nadie!... Pero..., ¡aprisa!

Algo intentó replicar Doroteo; mas no pudo, porque su colocutor, de un vigoroso empujón, le devolvió al rellano. Confuso, avergonzado, empavorecido, temblándole las piernas, el infeliz bajó la escalera. En otras dos casas que visitó le recibieron asimismo desapaciblemente. Acostóse, pues, sin haber conseguido hacer "una nota", y al siguiente día, y al otro, le ocurrió igual: donde no intentaban pegarle, se mofaban de él. ¿A qué causas referir tantos reveses seguidos? ¿Sería, efectivamente, porque los zapatos de *La Irrompible* eran muy malos, o porque—según don Crispulo le había anunciado—su traza insignificante no inspiraba respecto?...

* * *

Cierta mañana, cruzando una calle, vió a su camarada de colegio Lisardo Ramírez, que se fué a él con los brazos abiertos. El aspecto de Lisardo, delgado y no muy alto, pero desbordante de vigor—esto se adivinaba en seguida—, era el de un mozo satisfecho de vivir. Doroteo le habló de sus penas, y Lisardo le enumeró sus triunfos: la suerte le ayudaba. Se había dedicado al boxeo y acababa de ganar el campeonato de "pesos pluma".

—Voy a reflexionar en el modo—añadió—de proporcionarte una buena colocación. Yo conozco mucha gente. Ve a mi casa el domingo próximo; te espero a almorzar.

Y le dió su tarjeta, donde constaba su título de "campeón de pesos pluma de Europa". Envidiando la fortuna del púgil, Doroteo reanudó su trabajo.

—Si yo tuviera sus puños—iba diciéndose—no me vería aquí, condenado a cobrar lo incobrable.

En la Ribera de Curtidores visitó a un don mengano, de oficio revocador, que desde hacía año y medio adeudaba a *La Irrompible* sesenta pesetas.

"Este me mata", pensaba Doroteo, en quien las últimas energías se desmoronaban.

Salió a recibirle una mujer "de las de armas tomar". Pérez las reconocía en seguida.

—¿Busca usted a mi marido?... Muy bien... Casualmente en este momento ha vuelto de la calle. ¿Quién le digo que le busca?...

Doroteo iba a declarar la verdad, a confesar su humildísimo cargo de cobrador de la "gran fábrica de calzado", etc.; pero súbitamente se contuvo. Una idea genial, una idea que era una pirueta, le había sacudido el espíritu. Acababa de trazarse un plan y de improvisarse una cara grave, imperativa; "una cara de cobrador".

—Tenga usted la bondad—dijo—de pasarle mi tarjeta.

Y entregó la de Lisardo. A los pocos momentos el revocador acudió, y con muestras de respeto y agasajo le invitó a pasar a su taller. Su rostro expresaba temor, sorpresa...

—Usted me explicará—dijo—a qué debo el honor de esta visita. Yo, de nombre, le conozco a usted mucho, y ya he sabido por los periódicos su última victoria...

Con una entereza y un desgarro de que nunca se hubiese sentido capaz, Doroteo repuso:

—Pues... debe usted el honor de mi visita a que "debe"; me refiero a la deuda que contrajo usted con la

fábrica de calzado *La Irrompible* hace la tontería de dieciocho meses.

Doroteo era "otro". Los ojuelos le relucían; hablaba desvergonzadamente, provocativamente, como un baratero de oficio. El revocador callaba, cohibido y atónito. De los dos hombres, Doroteo Pérez,* aunque una cuarta más pequeño que su interlocutor, parecía más alto.

—¿De modo—balbuceó aquél tras una breve pausa—que viene a cobrar?...

—Exacto. Yo, en mis ratos de ocio, como no sé qué hacer de mis puños, me dedico a esto. Anoche, el gerente de *La Irrompible*, que es muy amigo mío, va y me dice: "Oye, Lisardo; aquí tengo unas cuantas facturas que no las cobra ni Dios; a ver si tú las haces efectivas..." Y yo le dije: "Pues no faltaba más; vengan." Y aquí estoy..., ¡y claro que no es para marcharme con las manos vacías!...

Cuanto más hablaba, mayor era su aplomo, y las frases salían de sus labios recortadas, desafiadoras, incisivas, chulescas. Era un jaque.

Vencido, el revocador llamó a su mujer.

—Dame sesenta pesetas—dijo.

Doroteo se embolsó el dinero, y con un gesto negligente y zumbón, de perdonavidas, se despidió. ¿Cómo describir su alegría?...

"Después del Amor—iba pen-

sando—, el Miedo es lo que mejor domina a los hombres".

En una tipografía encargó un centenar de tarjetas a nombre de "Lisardo Ramírez, campeón de pesos pluma de Europa". Al hablar así advirtió que las miradas de cuantas personas había en el establecimiento se clavaban en él devotamente.

—¿Estarán pronto?—interrogó.

—¿Le corren a usted mucha prisa?

—Sí.

—En tal caso, por tratarse de usted, haremos un esfuerzo. Mande usted a buscarlas dentro de un par de horas.

Cuando fué a recogerlas no quisieron cobrárselas.

—Es un pequeño obsequio que le hace a usted la casa—le dijeron.

Aquella tarde, y valiéndose de la misma estratagema, Doroteo cobró dos facturas más. Y al siguiente día hizo efectivas otras ocho.

Llegó el domingo, y Doroteo marchóse a almorzar a casa de Lisardo. La comida fué generosa y alegre. Pérez charlaba ocumrente y rejuvenecido. A los postres, el boxeador le renovó sus esperanzas de conseguirle un buen empleo.

—¡Yo te lo agradezco!—exclamó Doroteo—; pero no te inquietes. Mi vida tiende a mejorar. Hernández-Araña me ha subido el sueldo.

EDUARDO ZAMACOIS



MIRADOR

ESPAÑA Y MÉJICO

Nos hallamos en uno de los momentos más difíciles que la Historia marca a los pueblos. Pero difícil, no quiere decir imposible; por eso requiere la mayor atención y esfuerzo para salir triunfantes del mismo. Alma y vida damos para no ser derrotados en nuestros propósitos, sabedores de cuanto nos jugamos en esta hora suprema que nos depara el Destino.

Nuestra raza es fuerte y heroica para salvar los escollos que en la lucha se presentan, porque el enemigo se ha valido de la ayuda de mercenarios extranjeros. También a nosotros nos prestan calor y entusiasmo; pero son hermanos, son explotados, son hijos del dolor, que sienten nuestra causa como la sentimos nosotros mismos.

Aquí tenemos a Méjico dándonos cuanto nos puede dar. Este pueblo admirable, el más castigado de todos aquellos pueblos nacidos de nosotros; pueblos que parecen descender de otra familia inferior, desligados de todo vínculo de raza, y que no corre por sus cuerpos sangre hispánica.

¡Méjico, pueblo magnífico, que sabe dar notas tan brillantes y desinteresadas, para salvar a la humanidad de un trance donde todo peligra! ¡Méjico, pueblo hermano en sentimientos e ideas, que no pierde la bravura heredada de sus ascendientes, procurando se conserve el mismo ritmo ideológico que ha tenido hasta ahora la raza hispánica!

Inmensas guerras ha sostenido

Méjico en contra de sus tiranos, y de todos salió vencedor, porque, indómito, no le satisface el papel de esclavo, que es lo que fué con emperadores y reyes, con dictadores y mandones, rompiendo con todas las trabas que se impusieron al querer



Lázaro Cárdenas, ilustre Presidente de los E. U. de Méjico.

libertarse y ser hombres. Hombres libres, que es el ideal de todos los que tienen concepto exacto de lo que es ser hombre. Y los hijos de Méjico, de ese Méjico bravo y valiente, saben lo que es el hombre, porque sufrió todos los vejámenes, soportó todas las amarguras y saboreó todos los triunfos.

Desde aquellas fechas de conquistas—1521—, en que Grijalba y Cortés invadieron con sus ejércitos las nobles y vírgenes tierras aztecas, hasta nuestros días, ha sido un constante batallar por libertarse del yugo impuesto por la dura fuerza armada, abrogándose el papel de civilizadores, pero que se imponían con el fusil, despojándoles de todas sus riquezas y de sus libertades.

También los españoles hemos sufrido guerras y tiranías de reyes extranjeros, de dictadores, déspotas, inquisidores, mandones de toda laya, cometiendo crímenes en nombre, no de la libertad, sino de religiones y tronos que el pueblo no compartió nunca, a pesar de toda su ignorancia, haciéndoles gritar: “¡Vivan las caenas!”

Siglos y siglos han ido transcurriendo en lucha constante, oprimiéndose al pueblo. ¡España! ¡Méjico! Los dos sufrieron grandes trastornos, grandes convulsiones. El pueblo español peleando contra las formas absurdas de gobierno que se le quiso imponer; el mejicano derramando sangre por no aceptar a la fuerza el yugo opresor. ¿Quién venció? Méjico llegó a su liberación; España peleando está por ella. Venceremos de toda la tiranía de dentro y de fuera, porque nos anima el espíritu de la raza, la consciencia hecha carne... ¡Venceremos!

Tras la desaparición de los tiranos, Porfirio Díaz, Huertas y otros de menor cuantía, vino Lázaro Cárdenas, que encarna hoy el ideal humano, el contenido social reivindicador. Para que llegase esta era de bienaventuranza hubo de pasarse por esas luchas ya descritas, en las que

fueron perdiendo la vida muchos hermanos nuestros: Práxedes G. Guerrero, Flores, Magón, Liberto Bivera, Zapata y muchos otros más. Como nosotros hubimos de dejar en el camino tantos nombres conocidos, que huelga estamparlos aquí.

Estas luchas nos han hermanado a los dos pueblos. ¡España y Méjico! Los dos, compenetrados de sus dolores y de sus esperanzas, hace que se entiendan y presten la solidaridad más firme, más eficaz, y que nadie pueda romper los lazos de unión establecidos con el amor de hermanos. Esto lo realizaron los dos pueblos que sienten, que palpitan en sus pechos las más felices apetencias de libertad y de amor, para vivir dignamente, cual corresponde al imperativo de la justicia humana y a la magnitud del esfuerzo que para ello se realiza.

Los tiranos, mueren; los pueblos, viven. Nadie puede destrozar lo que se siente y lo que se ansía, porque el camino está franco y expedito, arrancando la broza que se interponga por delante, como hierba dañina, para el bien de la humanidad doliente.

España y Méjico quieren ser libres, y libres serán, porque sus hijos se sienten con fuerzas para romper todas las cadenas que hasta ayer les sujetaron. Valor y entereza sobra a los hijos de Iberia para alcanzar el ideal más sublime a que aspira el ser humano: la libertad.

Nuestro esfuerzo, nuestra tenacidad en la lucha lo demuestran; la voz del pueblo lo proclama: Antes que esclavos, la muerte.

MARIO POMMERCY



(Continuación.)

Otro poeta inspirado, Raul Contreras, ha escrito la siguiente bellísima poesía titulada:

DON BESO

Don Beso se dirige de visita... Don Beso
(que se cree un hombre serio, y es un niño travieso)
va en la calle, muy grave, muy altivo y muy tieso...
¡No se ponga delante! ¡Denle paso a don Beso!

El señor don Suspiro, que también, muy plantado,
por el mismo camino que don Beso ha tomado,
más astuto y ligero, antes que éste ha llegado,
y, hecha ya su visita, se regresa al taimado...

Y se encuentran entrambos, al volver un rosal:
—¡Don Suspiro!—¡Don Beso!—¡Hola, amigo! ¿Qué tal?
—Vengo yo de visita...—¿Sí?...—De un pecho liliel,
y salí por la puerta de unos labios coral...

—Pues, amigo, ya veo que es usted hombre avisao...
Y, al pasar por los labios, ¿mucho miel ha chupado?
—¿Mucho miel? ¡No sabía de esa miel!—¡Que olvidado!
¡Por andar de más listo, lo mejor ha dejado!...

Y don Beso prosigue su camino, muy tieso...
Hace, al fin, su visita... Viene ya de regreso...
Por la miel que ha chupado trae el rostro bien grueso...
¡Qué glotón! ¡Qué glotón! ¡Denle paso a don Beso!

Robar un beso, es natural. Comprar-lo, es estúpido. Besarse dos muchachas es derrochar el tiempo y el trabajo. Besar a una hermana, es justo. Besar a una mujer fea, galantería. Besar a una mujer vieja, ser caritativo. Besar a una jovencita sonrosada, cosa esencialmente distinta. Besar a una tía rica, hipocresía. Besar a tres muchachas en el mismo día, el colmo de la extravagancia. Besar a la suegra, el colmo del sacrificio.

MADRIGAL DE LOS BESOS (1)

Déjame besarte, amada.
Mis besos con ansia loca
quieren besar en parvada
para posarse en tu boca.
Déjame besarte, deja
que de la cárcel bermeja
de tus labios se desate
el beso que en ellos late.
No mancharé tu decoro
con mi caricia carnal,
pues he de besarte, amada,
cual me besa tu mirada:
con besos de madrigal.

BODA

Corresponde a los padres comprar el equipo de la novia, y según la costumbre francesa, adoptada hoy en casi toda Europa, debe ofrecer el novio su presente de boda, la víspera de ésta.

Compónese, generalmente, y eso en relación con la fortuna de cada cual, de alhajas, encajes, abanico de novia y pañuelo; las cifras deberán ser las del nombre de la prometida y apellido de su futuro esposo.

Por una y otra parte se procurará tener la mayor delicadeza, pues cuántas veces las exigencias de unos y otros y la falta de generosidad o de tacto en otros, han sido causa de graves discusiones, precursoras de un porvenir, cuyo horizonte es sombrío y tempestuoso.

Cada país tiene diferentes costumbres, las cuales han de acatarse lo mis-

mo para los regalos que para la ceremonia, convites y demás.

Los padres del futuro obsequian a la novia con un juego completo de mesa, así como en nuestra España se añade a esto el velo nupcial; los de la novia regalan al prometido de su hija, y éste le ofrece a su compañera, una botonadura de joyería y algún capricho más.

Síguese la moda francesa en el orden de los actos; es decir, en el primero, la novia, a la derecha; en el fondo, al lado de la madre y frente al padre, y al lado de éste, algún amigo o pariente cercano.

En el segundo, el novio y su familia; después, los testigos y convidados a la izquierda, y los del futuro, a la derecha. Al regresar de la iglesia, el orden varía.

Un momento ha bastado para que la candorosa criatura se encuentre separada de su familia, con grandes, con inmensos deberes que cumplir y pesando sobre ella una gran responsabilidad; su vida, antes tranquila, ha tomado en un instante nuevo rumbo.

Generalmente no se mira este acto del matrimonio como el paso que conduce a la mujer a ser recibida en la sociedad con mayor consideración, haciendo de cuestión tan transcendental un juego de amor propio satisfecho.

Esta ceremonia solemne, que tanto embarga y conmueve el ánimo, es de la que está pendiente, la única, la sola felicidad de la vida, o las amarguras, la intranquilidad y el dolor de la existencia, el primer escalón que sube la mujer para colocarse en la noble y digna posición que le ha sido impuesta por la Naturaleza y en la cual debe hacer resaltar la abnegación, la ternura, la modestia y la moral más pura.

CASAMIENTO

El casamiento a prueba, que los yanquis proclaman como su más notable invento social, es mucho más viejo que la confederación de los Estados Unidos.

Desde tiempos remotos los indígenas peruanos tienen instituido el año de prueba que antecede al matrimonio.

Si la experiencia no da buen resultado, se procede a la separación, sin

(1) De Baltasar Fernández.

perjuicio para el hombre ni para la mujer.

Esta singular costumbre, que ya se conocía en el tiempo del Imperio de los Incas, resulta un efficacísimo remedio contra los divorcios, y los observadores aseguran que a ella se debe el gran porcentaje de matrimonios verdaderamente felices entre los miembros de la raza autóctona del Perú.

CARACTER

Si se pretende averiguar cómo es que una mujer que ha hecho voto de obediencia a su marido pueda llegar a gobernarle, todo ello no depende más que del carácter del marido o de la mujer.

Esto, sin embargo, no es general.

Si un marido es débil y se deja llevar fácilmente, se dejará manejar siempre por cualquiera, y más vale que sea la mujer que los conocidos o los amigos. Una mujer inteligente y amante es como las tijeras en manos de un hábil jardinero, que poda los árboles y ordena las flores. Del mismo modo estirpa ella las faltas y rarezas de su marido.

Claro está que no es una cosa tan hacedera y tan fácil el mejorar a un mal marido, y por eso debe ser considerada como una verdadera heroína la mujer que, en vez de dedicarse a estériles quejas, acomete la ardua y aventurada empresa.

Conviene que la mujer sepa que no debe recurrir nunca a los malos modos ni a la violencia para corregir a su marido. El hostigar e irritar al esposo es tan cruel e inútil como castigar a la esposa.

Se ha dicho de San Patricio, que tenía un golpe para el malo, una sonrisa para el alegre y una lágrima para el triste. Una mujer buena debe ser como el santo. No debe disgustarse con su marido, cuando es malo; pero si infligirle un castigo suave y amoroso, y tener siempre para él una sonrisa o una lágrima.

Por otra parte, el hombre ama mucho más a la mujer y está más propicio a dejarse influir por ella, si ésta se muestra tierna y cariñosa y no le da a entender que quiere dominarle.

CASADERA

No creas, hija mía casadera, que, digan lo que digan ciertas moralejas, lo que más decide a un hombre a casarse con determinada mujer, es su virtud y su reputación. Por lo tanto, si una que es buena, o parece serlo, no encuentra marido, menos lo consigue no siéndolo, por más empeño que ponga.

No es malo que una mujer que quiera casarse, se exhiba mucho, si con su persona puede enseñar también bellas cualidades.

Mostrar buena cara a todos, equivale a no mostrarla particularmente a ninguno, y esto puede serle perjudicial; mas no mostrarla a ninguno, puede perjudicarte también. Escoge bien y con cuidado a quién has de ofrecer tus amables sonrisas.

Si, a pesar de todas tus cualidades, no encuentras marido, no te desesperes; piensa que el contraer estado podría empeorar tu condición, y que, cuando menos lo esperes, se te presentará el hombre que te haga feliz. Una larga espera o una irremediable soltería, valen mucho más que un mal casamiento.

No des nunca muy de prisa la respuesta, por mucho que goces en ello; mas no lo hagas demasiado tarde, porque hay hombres demasiado tímidos que necesitan que se les anime, como los hay también atrevidos, con los que no está de más usar cierta estudiada reserva o fingida indiferencia.

Es posible que el matrimonio se pueda comparar con un hombre y una mujer unidos sólo por el extremo de un hilo. Ese hilo, es la felicidad. Cuando él estira, ella debe aflojar, y cuando él afloja, ella debe estirar, pues si estiran los dos, el hilo se parte y la felicidad se rompe.

Cuando tengas novio y le quieras retener, y que llegue a ser tu marido, procura que siempre conserve el mismo caudal de ilusiones que cuando fué a decirte que te amaba.

Puesto que todos tenemos defectos, no te asustes que los tenga tu novio. Si tú no puedes corregirlos, procura perdonarlos, para merecer el perdón de los tuyos, que él no haya podido corregirte,

Catecismo de los enamorados

SACADO DE UN LIBRO DEL
SIGLO XVII

LECCION PRIMERA

Pregunta: —¿Sois amante?

Respuesta: —Sí, por la gracia de Cupido.

Pregunta: —¿Qué es un amante?

Respuesta: —Es una persona que, después de haber hecho una sincera y verdadera declaración, busca los medios de ser correspondido.

LECCION II

Pregunta: —¿Cuáles son los signos de un verdadero amor?

Respuesta: —La asiduidad, la complacencia, la sinceridad, la exactitud y el billetito amoroso.

Pregunta: —¿Qué se entiende por asiduidad?

Respuesta: —Una atención continua en buscar los medios de ver y hablar a su amada.

Pregunta: —¿Qué es complacencia?

Respuesta: —La conformación de nuestra voluntad con la de la persona amada.

Pregunta: —¿Qué es sinceridad?

Respuesta: —Una gran conformidad entre lo que sentimos y lo que queremos ejecutar.

Pregunta: —¿Qué entendéis por la palabra ejecutar?

Respuesta: —Entiendo una diligencia perpetua en hacer lo que quiere el objeto amado y en buscar la ocasión de manifestarle nuestra inclinación y nuestro celo.

Pregunta: —¿Qué entendéis por billetito amoroso?

Respuesta: —Un pequeño cumplimiento por escrito, que enviamos a la persona amada, cuando no encontramos ocasión de hablarla.

Pregunta: —¿En qué tiempo, en qué lugar y en qué hora debe ser escrito?

Respuesta: —Por la mañana, al levantarse; por la noche, antes de acostarse, o cuando atormenten los celos.

Pregunta: —¿No tienen los amantes otros signos de fidelidad?

Respuesta: —Sí. Hay todavía otros muchos, como: la inquietud, la desespe-

ración, el cambiar de color y las miradas ardientes.

Pregunta: —¿Son necesarios todos estos signos para parecer un verdadero amante?

Respuesta: —No. Sólo los cinco cuya explicación se ha pedido, son de verdadera importancia.

La mayoría de los otros más bien es indicio de locura que de inclinación.

LECCION III

Pregunta: —¿Para qué ha sido creado el amante?

Respuesta: —Para conocer su ideal, amarle y servirle.

Pregunta: —¿Cuántas cosas necesita el amante para conseguir el fin de ser amado?

Respuesta: —Una tan solo.

Pregunta: —¿Cuál es?

Respuesta: —El amor.

Pregunta: —¿Qué es el amor?

Respuesta: —Un sentimiento cuya violencia transforma nuestras facultades y purifica nuestro ser.

Pregunta: —¿Cuántas cosas deben observarse en amor?

Respuesta: —Ocho.

Pregunta: —Decidlas.

Respuesta: —Primera amar y honrar sinceramente a un solo objeto. Segunda, padecer y morir generosamente por él. Tercera, nunca rehusarle lo que pida honestamente. Cuarta, cuidar incesantemente de procurarle mil placeres. Quinta, no cometer infidelidad; ser leal en todas las cosas. Sexta, no hacer obra alguna sino para dicho objeto. Séptima, no ser indiscreto. Octava, huir de la inconstancia a fin de ser amado largo tiempo.

LECCION IV

Pregunta: —¿Qué petición debe hacer un amante a Cupido y en qué manera puede obtenerla?

Respuesta: —Debe estar en postura suplicante, y tanto con los labios como con los ademanes decirle así:

Súplica o petición al pequeño Adonis

“Amor, que estás en el corazón razonable, respetado y perfectamente contestado seas.

(Se continuará.)



VENGANZA!

por

Mario d'Ancona
(Francisco Arimón)

(Continuación.)

sación que sostuvieran sea parte principal...

—¡Oh, no! ¿Por qué? ¿La cree usted capaz, amigo Vivas, de hacer una cosa semejante?

—La que ha sido capaz de disparar contra mí, es capaz de todo—exclamó Fernando.

—¡Oh! Pero, ¿estabas tú aquí?

—Sí. Aquí estoy, herido.

—¡Bah! Eso no es nada—repuso el juez—. Un ligero rasguño.

—Eso no impide para que se haya atentado contra mi vida...

—Ya nos ocuparemos de eso...

—¿Y por qué no ahora?

La mirada del juez se posó en Fernando.

—No me gusta—dijo—que nadie me recuerde mis obligaciones. Ahora necesito mi tiempo para interrogar a esa señorita.

Apoyada en la criada entró en la estancia Leonor. Miró a los allí reunidos, y al divisar al juez, su mirada se endureció repentinamente.

—¿A qué ha venido?—le preguntó.

—¡Calma! ¡Calma! Una declaración de monta, y las molestias se terminaron...

—No es necesario que se esfuerce, señor juez... Yo he sido quien ha disparado sobre ese hombre...

—Ya hablaremos de eso, señorita. ¿Está usted ya tranquila?

—Sí.

—¿Cómo se llama usted?

—¿No lo sabe?—preguntó la joven, sorprendida.

—Sí... Pero el rigor del formulismo exige que me conteste.

—Bien. Leonor Riaño es mi nombre.

—¿Edad?

—Diecinueve años.

—¿Estado?

—Soltera.

—Bueno... Vamos a otra cosa. ¿Hace mucho tiempo que conocía usted a doña Dolores Ródenas?

—No. La vi ayer tarde por primera vez.

—¿Fué usted a visitarla?

—Desde luego.

—¿Con qué fin?

—Ninguno, a no ser que crea que una visita de obligada cortesía podía tener otro móvil...

—¿Cómo fué entonces, que a pesar de ese conocimiento tan superficial salieran juntas?

—La explicación es bien sencilla, señor... Hablé a dicha señora de la suplantación que esos malvados la han hecho víctima, y es muy natural que quisiera convenirse plenamente...

—¿Dónde fueron?

—A la cárcel.

—¿A ver algún preso?

—Sí. A Rafael Urbina.

—¿Le conocía ella?

—No. Pero quería estar segura de que ese hombre es el hijo de su desgraciado hermano.

—Supongo que no le creería...
—Al contrario. Cuando salió de la cárcel estaba firmemente convencida de que el hombre que quedaba allí dentro era su verdadero sobrino.

—¿Dónde fueron entonces?
—Nos vinimos aquí. Teníamos necesidad de hablar mucho y esta casa era el mejor sitio.

—¿Oyó alguien lo que ustedes hablaron?
—Sí. Mi abuelo.

—En ese caso vamos a pasar a otra habitación para que podamos tomar las declaraciones por separado.

Entraron en la habitación inmediata. Tras una pausa breve, el juez continuó su interrogatorio.

—Dígame, Leonor... ¿Qué fué lo que pasó en aquella casa?

—Sin omitir detalle alguno, la joven fué refiriendo cuanto había ocurrido al visitar ella a doña Dolores.

—¡Mala cosa!—murmuró el funcionario cuando ya hubo terminado Leonor—. ¿Usted cree que esa señora podía hacer caso de esos absurdos?

—Sí podía o no, lo ignoro; pero lo que sí puedo asegurar es que hoy pensaba venirse a ocupar en esta casa una habitación.

—¿Por qué no lo hizo en seguida?

—Su deseo hubiese sido ese; pero no podía. Allí, en su habitación, tenía joyas y dinero que le era necesario recoger. Creyó que con encerrarse en su habitación ya estaba fuera de peligro.

—¿Tanto temor tenía?

—Mucho, y la realidad ha venido a demostrarnos que no era infundado.

—¿Compró por eso la pistola?

—Sí. Quería tener algo con que defenderse. A mí me compró otra también.

—Ya lo sé. Pero, dígame. ¿Notó usted en ella algo así como desaliento o disgusto?

—¡Claro! La infamia que acababa de descubrir no podía dejarla muy contenta.

—Pero, ¿cree que ese disgusto que pudiera sentir fuese lo bastante para inducirla a quitarse la vida?

—¿Suicidarse?

—Sí.

La cabeza de Leonor reflejó un movimiento negativo.

—A doña Dolores—dijo con firmeza—la han asesinado.

Una sonrisa irónica apareció en el rostro del magistrado.

—¿En qué se funda para decir eso?—preguntó.

—En que esa gente es capaz de todo. Como estaban seguros de que al descubrirse su trama infernal perdían con ello los millones que piensan heredar, decidieron suprimirla antes de que pudiese redactar un testamento nuevo.

—Me parece que va usted demasiado lejos en sus suposiciones... Como comprenderá, yo no puedo hacer caso de eso. El suicidio está demostrado, sin una duda, y no es usted la que menos culpa moral tiene en él.

—¿Yo?—exclamó la joven, sorprendida.

—Naturalmente. Las absurdas presunciones de usted obraron en el ánimo de dicha señora de tal manera, que llena de horror decidió quitarse la vida.

—No es eso; no...—clamó, soberbia, Leonor—. Han sido ellos. ¿Lo entiende? Algún día, cuando pueda probar todo cuanto le digo, comprenderá usted el error que está padeciendo.

—Pero mientras tanto...

—Confronten las huellas digitales que aparezcan en la pistola y el espejito que han encontrado con las de Fernando, su padre y Arturito.

Se levantó el juez indignado, y sin añadir una sola palabra pasó a la habitación inmediata, donde procedió a tomarle declaración a don Armando.

—Mi nieta—terminó éste diciendo—hace ya mucho tiempo que me hizo conocer sus temores. Si le he de confesar la verdad, los creí hijos de una imaginación exaltada, y, como es natural, he tratado de contrarrestarlos... Pero ahora es diferente. La creo ciegamente, y no dudo de que aun tienen que venir días muy amargos para nosotros.

—Entonces — interrumpió Fernando—, usted también cree que yo soy un asesino.

—Eso no puedo decirlo. Pero sí puedo asegurar que su vida es algo turbia y que hay en ella maquinaciones que me han hecho desconfiar. Engañó usted a mi amigo Alcaraz.

—¿Yo?

—Sí. Haciéndole creer que era su hijo, lo explotaron ustedes inicuentemente. Después, cuando ya pudieron convencerse de que estaba arruinado, fué cuando empezó usted a llamar padre a otro.

—¿Don Armando!

—De mí oírás siempre la verdad. Rafael

Urbina lo acusó a usted, delante de mí, de haber sido expulsado de la casa por su padre adoptivo el mismo día de su muerte.

—Ese hombre mintió.

—No lo creo. Son ya demasiadas coincidencias. Alrededor de usted, señor mío, se han cometido una serie de delitos inexplicables.

Un gesto de rabia apareció en el rostro del miserable.

—Solamente esas canas que cubren su cabeza me hacen soportar tranquilo esas injurias—exclamó con torvo acento—. Pero algún día se arrepentirá usted de haber pensado eso respecto a mí, y tendrá que pedirme un perdón que no merece.

Salió de la habitación, llevando a cabo concienzudamente su papel de víctima. Un silencio penoso reinó entonces en la estancia, que fué roto por el juez para despedirse.

Capítulo XXXV

EN BUSCA DE LA VERDAD

La casualidad tiene a veces caprichos bien extraños. Celia, desde el momento que tuvo conocimiento de la prisión de Rafael, hizo, como ya sabemos, el propósito de no abandonarle. Por ello, y considerando que el hotel donde se hospedaba resultábase demasiado caro, optó por trasladarse a una fonda. Allí ocupó una habitación grande, con dos camas, en cuya estancia vivía sola, hasta que la patrona le rogó que permitiese que la cama vacante fuese ocupada por otra artista. Accedió Celia, y de este modo la madre de Paquito fué su compañera de hospedaje desde su llegada a Segovia.

Cuando la noche del debut de la atleta se retiraron ambas mujeres a descansar, ya había entre las dos una fuerte corriente de simpatía.

—¿Lleva usted en Segovia mucho tiempo?—le preguntó la madre de Paquito una vez que estuvieron en su habitación.

—Ya llevo alguno...

—Conocerá usted a mucha gente...

—No lo crea. Mi vida es algo retraída, como tendrá ocasión de ver.

—¿Ha oído hablar de Arturito Ródenas?

—Sí... Le conozco bastante.

—¿Buena persona?

—Para mí, es un perfecto sinvergüenza. No tengo ningún trato con él.

En las pupilas de la artista se retrató la sombra de un intenso dolor.

—¿Por qué dice eso?—preguntó—. ¿Le ha hecho él algo?

—A mí, no. Pero por su causa, el hombre más honrado de la tierra está en la cárcel.

—¿Es posible?

—¡Vaya! A todo el pueblo lo tiene engañado con su aire humilde y con su fingida hombría de bien... Nadie puede sospechar, al verlo, que se trata de un individuo peligroso; que ha usurpado el nombre que lleva... ¡Terminará en la horca!

La predicción de Celia cayó en el corazón de la pobre madre como una angustia intolerable. No obstante, y comprendiendo que si quería saber más tenía que disimular, retuvo las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

—Me interesa esa historia —dijo—. ¿Quiere contármela?

De los labios de la joven fué escapando el relato de todo cuanto había acontecido en relación con Rafael Urbina.

—El no puede mentir... Antes de conocer siquiera la existencia del tal Arturito, ya me había contado Rafael su historia.

El dolor de la atleta quedó bien patente en su profundo abatimiento. Con voz opaca dió las buenas noches a Celia, y ocultando su cabeza entre las sábanas dejó a su llanto correr libremente. ¡Qué crueldad tenía la vida para ella! ¡Tantos años con el único pensamiento de encontrar a su hijo, de mirarlo hecho un hombre digno y trabajador, y cuando se encontraba frente a él...!

Como una cinta cinematográfica desfiló en su mente el tiempo pasado en una constante espera de su corazón. Aquellos días terribles del hospital, donde había quedado abandonada; aquella puerta cerrada siempre, sin que ni una sola vez fuese abierta para dar paso a las figuras de sus hijos; el momento trágico en que, ya una vez curada, se vió sola en la calle, sin saber adónde dirigir sus pasos; el deseo hondo, recóndito, irrefrenable, de acabar de una vez con aquella vida, que era dolor y era desesperanza. Todo volvió a vivirlo intensamente, mientras que sus lágrimas corrían por las mejillas abundantemente.

Cuando a la mañana siguiente dejaron el lecho, lo primero que hizo Celia fué hojear los diarios. En uno de ellos y destacándose en grandes titulares, aparecía el suicidio de doña Dolores.

La visión certera de lo que podía haber ocurrido llenó su mente.

—¿Ve?—dijo a la atleta—. La han matado esos canallas. En su carrera de crímenes no han querido detenerse ni ante una pobre mujer.

—¿De qué se trata?—preguntó la madre de Paquito.

—¿De qué ha de ser? La señora a quien Arturito debe heredar, ha aparecido muerta en su habitación.

—¿Por qué?

—¿No ve que es su heredero? Habrán tenido miedo de que doña Dolores anule el testamento, y antes de que eso pudiese ocurrir la han asesinado.

La vorágine de sus ideas amenazaba trastornar la razón de la pobre madre.

—¿Qué testamento es ese?—preguntó.

—El que esa señora había otorgado en favor de Arturito, creyéndolo en realidad sobrino suyo.

—Entonces, no me explico el asesinato.

—¡Claro! ¡Como usted ignora lo ocurrido! Esa señora fué ayer advertida por alguien de que se la estaba haciendo objeto de una superchería. Fueron tan po-



—¡Qué horror!

—Eso..., ¡qué infamia!

—¿De qué ha muerto?

—No lo sé... Dicen que ha aparecido con un tiro en la cabeza. Pero es imposible... Habrán sido ellos.

Desde el fondo del corazón le salió la defensa del hijo.

—Arturito no ha podido ser—exclamó la atleta—. Estuvo en mi cuarto hasta hora muy avanzada.

—Lo sé. Pero eso no impide para que sea cómplice... Nadie más interesado que ese hombre en que ella muriera.

derosas las razones que hubieron de darle, que no tuvo más remedio que convencerse. Y ahí está todo. Esos miserables han comprendido que la primera medida que ella había de adoptar era la de anular el testamento, y no han querido darle tiempo a que pueda hacerlo.

A pesar de sus esfuerzos, no pudo evitar la madre de Paquito que el llanto acudiese a sus ojos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—sollozó.

La mirada de Celia se clavó en ella extrañada.

—¿Qué le ocurre?—la interrogó.

—¡Si usted supiera! ¡Es imposible que comprenda cuánto dolor hay ahora mismo en mí!

Y en uno de aquellos arranques suyos, en los que vivía una rebelión contra toda injusticia o maldad, se enjugó furiosamente sus lágrimas, al mismo tiempo que se ponía en pie.

—¡Ahora mismo lo sabré!—dijo.

Capítulo XXXVI

LA CERTIDUMBRE DEL CRIMEN •

Sin detenerse más que el momento preciso para averiguar el domicilio de su hijo, la artista se encaminó en su busca.

La sorpresa de Paquito fué grande al encontrarse en presencia de su madre.

—¿Te sorprende verme aquí?—preguntó ella.

—Sí. Aun cuando he de advertirle que pensaba mandarla a llamar. ¿Quiere sentarse?

—Sí. Tenemos que hablar mucho.

Cuando se hubieron sentado los dos, Paquito miró con inquietud a la artista.

—Hablaremos en italiano, ¿quiere?—pidió.

—Me es igual. ¿Tienes algo que decirme?

—Sí. Necesito explicarle muchas cosas.

—¿Respecto a tu vida?

—Sí.

—No hace falta. El poco tiempo que llevo aquí ha bastado para que sepa que estás robando un nombre..., que yo, más que otra cosa, constituyo para ti un esborbo peligroso.

—Quizá lleve usted razón. Un peligro y grande significa su estancia aquí. Por eso hemos de hacer algo que pueda redundar en beneficio de los dos.

—¡De los dos!—repitió la mujer, como un eco—. Eso es imposible. Mi único deseo era el encontrarte, y ahora que te tengo frente a mí te desconozco.

—¿Por qué, madre?

—Contéstame. ¿Es verdad que has robado un nombre?

—Lo es.

Un rayo de ira lució en las pupilas de la atleta.

—¡Infame!—murmuró—. ¿Es verdad también que lo hiciste para poder apoderarte de una gran fortuna?

—Sí. Es verdad. Pero no es culpa mía.

Me vi arrastrado a desempeñar este papel, cuando aun era un niño, cuando todavía no tenía consciencia del bien o del mal.

—¿Y ahora?

—Reconozca que ya no puedo volverme atrás. Muchas veces he intentado romper esta red en que estoy envuelto; pero he tenido que confesarme vencido.

—¿Y no te asustó el mal que podías causar?

—Lo ignoraba, madre. Hasta hace muy poco he creído firmemente que el niño suplantado por mí había muerto en el mar.

—¿Qué hiciste al enterarte de que vivía?

—Nada.

—¡Mentira! En lugar de restituírle lo que era suyo solamente, en vez de arrastrarte a sus pies, pidiéndole un perdón que no merecías, le has tendido un lazo para encarcelarlo.

—¿Cómo lo sabe usted?—preguntó el joven, con una expresión de sorpresa que no tenía nada de fingida.

—Quien lo sabe.

—Pero esa persona, sea quien sea, ¿está enterada de que usted es mi madre?

—No. Antes de decidirme a decírselo, he querido hablar contigo.

—Supongo...

—No supongas nada, Paquito. Dos caminos tienes ante ti. Y eres libre de escoger el que quieras.

—¿Cuáles son, madre?

—Uno, el de salir de Segovia conmigo, después de haber proclamado la inocencia de ese hombre y sus derechos sobre el nombre que tú estás usurpando.

—¿Y el otro?—interrogó el joven, cuya frente se había cubierto de un sudor frío.

—Pasar por la vergüenza de que sea yo misma quien tengo que declarar que eres hijo mío.

Durante un momento sintió Paquito que las fuerzas le abandonaban. Cualquiera de las dos soluciones constituía un suplicio para él, aparte de un positivo peligro.

—Se ve que no ha pensado usted en estar lo bastante, y que sólo obedece a los dictados de su corazón—exclamó, después de una pausa—. Lo primero que tengo que decirle es que yo no tengo la menor culpa en el encarcelamiento de ese hombre.

—¿No?

—En absoluto. Está plenamente comprobado que se trata de un falsificador. ¿Us-

ted—cree lógico que yo entregue una fortuna a un bandido de esa calaña?

—Sí.

—Ay, además, otra cosa. El delito de que a mi me pueden acusar es más grave de lo que usted cree. El confesar esa suplantación equivaldría a unos cuantos años de cárcel para mí... ¿Sería usted capaz de denunciarme?

—¿Por qué no? Prefiero verte en una cárcel a saber que eres feliz a base de una infamia.

—Usted no puede hacer eso, madre. ¡Usted no puede abrir las puertas de una cárcel para su hijo! ¿Qué importa que esa fortuna esté bien o mal adquirida? Cuando sea mía, cuando disponga de esa cantidad, haré con ella tanto bien, que quedará borrado su origen. Entonces, madre, usted podrá ser feliz a mi lado...

—No. ¡Mal me conoces! Tú no sabes con cuanto afán te he buscado. Cuando al fin pude verte, creí que el cielo se había abierto para mí, porque al fin contestabas a las llamadas de mi corazón. Pobre, hubiéramos caminado los dos por esos mundos, con un solo cariño y una sola voluntad; gozando juntos de una conciencia limpia... ¿Qué podía importarme a mí la miseria? Te tenía a ti, y eso era la mejor recompensa a mis sufrimientos. Pero en lugar de eso, te encuentro manchado. No me importa que sea por tu causa o por la de los demás. La única verdad es que estás ligado a unos malvados por lazos que tal vez lleguen hasta el crimen.

—¡Madre!

—La muerte de esa mujer...

Palideció Paquito de tan intensa manera, que la atleta sintió que la sospecha se enroscaba como una víbora a su corazón.

—¡Mírame!—exigió—. ¡Que yo pueda ver en tus ojos que es mentira lo que he sospechado!...

Se sintió impotente el joven para afrontar la mirada de su madre. Aun cuando no tenía parte en aquel crimen, se consideraba cómplice en cierto modo.

—¿Luego, es cierto?—exclamó la atleta juntando sus manos en un arrebato de desesperación—. ¡Criminal! ¡Criminal!

Ante la violencia del apóstrofe reaccionó el joven.

—No; no—gritó—. ¿Por qué he de serlo? ¿Qué es lo que usted ha sospechado de mí, para que me lance a la cara

esa terrible acusación? ¿Que yo la maté?

—Sí... Al nombrártela has palidecido horriblemente.

—Fué ella..., ella sola—tartamudeó Paquito—. Lo prueba el que ayer mismo compró la pistola con la que se ha dado muerte, y el que la única puerta de su habitación estaba cerrada por dentro... Pero todavía quiero darle otra prueba mayor. Ningún criminal, madre, por muy avezada que tenga al crimen su alma, soporta con entereza la vista de su víctima. ¡Venga! ¡Vamos adonde está ella!

La arrastró de una mano y la condujo por los pasillos hasta llegar a la habitación de la muerta.

El cuerpo de doña Dolores aparecía colocado en el féretro, alrededor del cual daban luz seis grandes hachones de cera. A la pálida claridad de aquellos cirios, parecía que el rostro tenía vida aún, ya que desde el orificio de entrada del proyectil manaba un hilillo de sangre.

Intentó Paquito sobreponerse a la terrible impresión que aquel espectáculo le producía. Mas fué en vano. Un grito agudísimo de terror salió vibrante de su garganta, y el espanto asomó a sus ojos, terriblemente abiertos. En aquel momento le pareció que aquel cuerpo levantaba un brazo rígido para señalarle, y que de aquellos labios cerrados para siempre salía la acusación:

—¡Asesino! ¡Asesino!—se oyó llamar.

Le venció el horror. Como un guiñapo cayó de rodillas, abrazándose con un temblor convulsivo a las piernas de la artista.

Le sintió ésta temblar, como una hoja sacudida por un violento vendaval. Con angustia infinita le miró. Y vió de tal manera retratado el crimen en el rostro de aquel hijo perverso, que dejando escapar un grito sobrehumano rodeó con sus manos de hierro el cuello de Paquito. Pero de repente sintió horror de sí misma. Sus manos volvieron a abrirse, y con un fuerte empujón arrojó lejos de sí al hijo maldito.

Loca, sin reparar en la gente que se paraba para contemplarla, huyó de aquella casa a través de las calles de Segovia.

Cuando llegó a la pensión sintió que sus fuerzas le abandonaban. Trabajosamente llegó hasta su cuarto, y apenas hubo traspasado el umbral rodó por el pavimento, ante la mirada extrañada de Celia.

Capítulo XXXVII

PREPARANDO LA DEFENSA

Miguel Sendra, el joven y ya famoso abogado, después que hubo escuchado la narración que Rafael Urbina le había hecho de sus desventuras, quedó un momento pensativo.

—Has hecho bien en llamarme—comentó al fin—. Tu asunto, del cual me encargo desde hoy, es el más original que se me ha presentado en mi vida profesional.

—Te confieso que estoy desesperado.

—¡Bah! No te negaré que no es tan fácil la victoria; pero de eso a sentirnos derrotados por anticipado, hay un abismo. Yo lo estudiaré detenidamente.

—Como que en ti confío mi salvación...

—Haremos todo lo que se pueda. Aquí lo único sensible es que no tengas una de esas pruebas que no dan lugar a dudas.

—Ya te he dicho lo que hay.

—Sí. Y desgraciadamente es bien poco. Los Tribunales, amigo Rafael, no se convencerán tan pronto como un entrañable camarada—replicó el abogado.

—Lo más grave del caso es que ese muchacho va a ser declarado heredero...

—Así es.

—¿No podíamos evitarlo?

—¿Cómo?

—Presentando una denuncia por usurpación de nombre.

—No puede ser. Esa acusación tendríamos que apoyarla en algo, amigo mío. ¿Qué documento o qué testigos podemos oponer nosotros a su afirmación de que él es Arturo Ródenas?

—Ninguna.

—Por eso yo creo que lo que conviene es desentenderse, por ahora, de ese asunto y poner todo nuestro entusiasmo en la causa que se te sigue por falsificador. Si logramos que salgas libre, entonces ya veremos el medio de poderle meter mano a esa gente.

—Pero, mientras tanto...

—No te hagas ilusiones, Rafael. Tal como están las cosas, este asunto tuyo es más propio de detectives que de un abogado.

—Puede que lleves razón... ¿Conoces alguno que pueda servirme?

—No. España no es Norteamérica.

Entre los dos amigos medió un largo silencio.

—¿Quién trajo a ese muchacho aquí?—preguntó de improviso el abogado.

—Un marino.

—¿Sabes su nombre?

—No.

—¡Cualquiera le pesca! Pero eso no impide para que se le busque. En él podemos tener una prueba de un valor incalculable. Lo malo es que ese marino vendría con los nombres cambiados.

—Lo veo difícil. Las compañías navales no se prestan fácilmente a esos juegos.

—Sea como sea, lo buscaremos. En cuanto esté su nombre en mi poder, yo me pondré al habla con las Compañías para que me digan si ese individuo presta servicio en alguno de sus barcos.

—Me parece bien; pero entretanto, ese falsario tomará posesión de la herencia.

—Eso es inevitable, amigo Rafael. ¿Dónde crees que podré orientarme bien para tu asunto?

—Estoy seguro de que don Armando Riaño y su nieta Leonor podrán dártelos.

—Bien. En ese caso, hoy mismo me matricularé en este Colegio de Abogados, para poder actuar en Segovia.

Un fuerte apretón de manos unió a los dos amigos.

Miguel Sendra se dirigió desde la cárcel al Juzgado para visitar al juez. Le recibió éste en su despacho, con muestras de la más extremada cortesía.

—Celebraré infinito poderle ser útil—indicó.

—Gracias, señor Vivas. Únicamente deseo, como abogado de Rafael Urbina que soy, que me deje examinar el sumario para estudiarlo... ¿Tiene algún inconveniente?

—Ninguno. Yo lo que quisiera es que pudiese usted demostrar su inocencia.

—Será cosa fácil. El pasado de mi defendido está limpio de toda mancha.

—Eso no importa. Contra él hay pruebas que será muy difícil que pueda contrarrestarlas.

—A mi juicio, este proceso adolece de una falta.

—¿Cuál?

—Creo que debió procederse a la detención de ese americano.

—¿Para qué?

—Estoy seguro que de haberlo hecho así, a estas horas ya estaría todo aclarado.

—¿Le parece eso?

—¡Claro! Sin duda alguna se trata de un carterista consumado, que sin dificultad le cogió la cartera a mi patrocinado, metiéndole los billetes.

—¿Y el baúl?

—Igual. Aprovechando un momento en que Urbina estuviere ausente, bien pudo abrirlo y meter en él otra cantidad. ¿Han enviado ustedes a la Jefatura de Policía alguno de esos billetes?

—No.

La mirada del abogado se posó en el rostro del juez como un mudo reproche.

—¡Qué fácil es encontrar un culpable siguiendo esa táctica!—exclamó—. Basta que haya una prueba contra una persona, para que ya no se indague más.

—Creí que ese dato no tendría ninguna importancia, y ahora reconozco que me equivoqué—contestó el juez, evadiéndose de aquel modo.

—Bien. Deme entonces ese sumario, que yo puedo ver si hay en él razones suficientes para proceder a la detención de Rafael Urbina, como se ha hecho.

—Inmediatamente.

Capítulo XXXVIII

FERNANDO ENTRA EN JUEGO

Mientras que la atleta dejaba desahogarse su corazón en un llanto copioso, una vez que hubo recobrado el conocimiento, gracias a los cuidados de Celia, su hijo Paquito se encontraba encerrado en su habitación en compañía de Fernando.

El rostro del joven demostraba claramente lo que sufría en aquellos momentos. Estaba demacrado, con los ojos hundidos por una fuerte depresión moral.

—¿Cómo van esas fuerzas?—preguntóle Fernando.

Levantó Paquito los hombros, en una señal de indiferencia.

—Todo me es igual—repuso, como si más bien contestase con ello a una pregunta íntima.

—Hay cosas que yo no comprendo. ¿Qué pudo ocurrir para que te haya encontrado desplomado junto al cadáver?

Se estremeció el joven de pies a cabeza.

—No lo sé—dijo lentamente—. Sólo pue-

do decirle que he sentido uno de los mayores terrores de mi vida.

—¿A quién se le ocurre sino a ti ir a aquel cuarto?

—Creí que podría resistirlo, supuesto que no iba solo.

—¿No?

—Me acompañaba mi madre.

Palideció el rostro de Fernando, y una mueca de disgusto apareció en sus labios.

—¿Ha venido?—preguntó.

—Sí.



—¿Para qué? ¿No sabes que ella constituye para nosotros un gran peligro?

—Sí. Lo sé mejor que usted. Conoce perfectamente la existencia de Rafael Urbina, y está bien enterada de lo que ocurre.

—¿Por quién?

—No lo sé. Pero supongo que debe de ser por Celia Rodríguez.

—¿Qué has hecho tú cuando te ha dicho eso?

—¡Qué iba a hacer! A mi madre, como comprenderá, no se la puede engañar como a los demás.

—¡Claro que no! Pero puedes presentarle el asunto de una manera que hasta le resulte simpático...

La mirada del joven se clavó tenaz en Fernando.

—Lo sabe todo—repuso.

—¿Cómo todo?

—Sí. Aun cuando no tiene certeza, cree que la prisión de Rafael y la muerte de mi tía son obra nuestra.

Meditó Fernando sobre aquel peligro que se les venía encima. Pero, seguro de sí y de que era capaz de encontrar arreglo aun para las situaciones más comprometidas, no apreció el valor de aquellas palabras en su totalidad.

—¡No podrá demostrarlo!—dijo.

—Sí... Directamente acaso no pueda. Pero en el momento que reclame su maternidad sobre mí, todo el tinglado de nuestra farsa se viene abajo estrepitosamente. Por eso, para convencerla de que yo no había tomado parte en lo de doña Dolores, no vacilé en enfrentarme con su cadáver. Pero fué una prueba superior a mis fuerzas. Ni ante el juez me hubiese podido dominar...

—¡Cobarde! ¡Sabe Dios las consecuencias que este acto tuyo nos puede traer! Porque ella habrá, seguramente, sospechado la verdad...

—Sí... Seguramente leyó en mis ojos el crimen. Sus manos se aferraron a mi cuello desesperadamente, y si aprieta un poco más me estrangula.

—¿Por qué no lo hizo?

—¡Cualquiera lo sabe! La vi huir, medio loca, y ya después perdí el conocimiento.

—¡La hemos hecho buena!—comentó Fernando, preocupado—. Pero, en fin. A grandes males, grandes remedios. ¿Quieres a tu madre?

La sospecha de que intentasen llevar a cabo con ella un nuevo crimen, acudió al corazón de Paquito.

—¿Por qué me lo pregunta?—dijo.

—Contéstame antes. ¿La quieres o no?

—Es mi madre.

—Eso no es un motivo—contestó Fernando, mientras liaba calmadamente un cigarrillo—. Tienes que tener en cuenta que ella constituye para nosotros un enemigo serio.

—Sí.

—Aunque no pueda probar que eres hijo suyo, el que una persona más te acusara de usurpador es un escollo que no interesa poner ante nosotros.

—Puede probarlo.

—¿Que puede? ¿Cómo, si tú te obstinas en negar?

—En mi cuerpo hay varias señales que ella conoce perfectamente.

—¡Bah! Esas señales puede también conocerlas otra persona que te haya tratado íntimamente... Si tú declararas que ella había sido tu amante...

La poca honradez que había en el alma de Paquito se irguió sublevada.

—¡Fernando!—exclamó.

—¿Tienes escrúpulos? Pues para perderlos no tienes más que dirigir tu memoria hacia atrás y recordar todo lo que hemos hecho.

—Es verdad—contestó el joven con muestras del más profundo abatimiento—. Han hecho ustedes de mí una criatura tan despreciable, que los escrúpulos resultan ridículos... ¡Si pudiera!

—¿Qué?

—Deshacer lo hecho; volver de nuevo a aquellos muebles donde yo estaba cubierto de andrajos, pero tenía al menos la conciencia limpia...

Y como si de repente reconociese de todo lo que era capaz aquella gente, miró a Fernando con una expresión indefinible de reto.

—¡Ay de ustedes si atentan contra mi madre!—rugió.

—¿Ahorá salimos con eso?—repuso el miserable, con una sonrisa que no hacía presagiar nada bueno—. ¡Se conoce que se te ha olvidado que no sólo se trata de defender unos millones más o menos. Es que tu cabeza, como la nuestra, está en peligro y la honra también.

—¡La honra!—comentó sarcásticamente Paquito—. Yo creí que por tenerla usted tan manchada, ya no recordaba de ella.

—No digas majaderías... El hombre es lo que las apariencias dicen... Para todo el mundo, tú y yo somos dos personas decentes.

—Sí... pero, ¿y la conciencia?

—¡Valiente cosa!

Le miró Paquito con los ojos abiertos de par en par por el asombro.

—¡Es usted peor de lo que yo creía!—exclamó—. Bajo esa apariencia de honradez de que antes hablaba, hay un perfecto criminal. Pero de nadie más que mía es la culpa.

—¿Por qué?

—Debí denunciarles; proclamar a voz en grito su maldad, romper de una vez para

siempre las cadenas con las cuales han atormentado mi vida.

—Lo que no ha impedido para que hayas disfrutado como un príncipe—replicó Fernando, irónicamente.

—¡Canalla!—escupió Paquito.

—Tengamos la fiesta en paz... No es hora de recriminaciones inútiles... Lo es de obrar. Y como primera medida hemos de resolver ese asunto de tu madre. Nos estorba, muchacho.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nada. Que es absolutamente preciso que nos deje en paz.

—Estoy seguro de que ella no dirá nada.

—No importa. Conoce nuestro secreto, y eso es demasiado peligroso. Eso, aparte de que tú no debes preocuparte por ella. En esta vida hay que pagar amor con amor, y no sería muy grande el suyo cuando no vaciló en abandonarte.

—Miente usted. No es ella culpable de abandonarnos. Fuimos nosotros, que, engañados por nuestro padre, la dejamos, creyéndola muerta, en un hospital.

—¿Y ahora ha resucitado el cariño?—preguntó Fernando, riendo sarcásticamente.

—No lo sé. Necesito un afecto puro, del que llevo privado tanto tiempo. Lo he buscado en Leonor, en mi tía...

—¡Esa sí que es buena! ¿A que ahora se te va a ocurrir llorarla?

—¿Por qué no? Yo la quería.

—Lo cual no ha impedido...

—¡Calle! ¡Calle! Le consta que yo me opuso —interrumpió Paquito, con violencia.

—Es igual. Tú sabías lo que había de ocurrir y callaste. Estabas convencido de que no existía otro medio, puesto que el peligro era inmediato y dejaste hacer... Pero no es hora de discutir sobre lo ya pasado. Nos interesa más resolver la difícil situación que nos plantea tu madre, pues de lo contrario no puedo responder de lo que ocurra.

—¡Ni yo tampoco! El menor daño que intentéis hacerle será bastante para que yo lo eche todo a rodar.

Unos golpes suaves dados sobre la puerta cortó el diálogo.

—¡Adelante!—ordenó el joven.

Una doncella apareció en la puerta.

—¡Señorito Arturo!—dijo—. La señora que vino el otro día quiere verle.

—Que pase—contestó Paquito, estremeciéndose.

Y cuando la criada hubo desaparecido señaló a Fernando una puerta.

—Salga usted por ahí—le ordenó—. Es mi madre y quiero hablar a solas con ella.

Salió Fernando por la puerta que se le indicaba; pero no se alejó mucho. Con disimulo quedó oculto tras el cortinaje que la cubría, para no perder una palabra de aquella conversación.

Cuando apareció la atleta en la habitación fijó en su hijo una mirada de extraordinaria dureza.

—Ya me tienes aquí otra vez—exclamó.

—Siéntese usted, madre—indicó el joven, así que la doncella hubo desaparecido.

—Sí; voy a hacerlo, porque me siento sin fuerzas.

—¿Está usted enferma?

—Sí. Pero también estoy avergonzada.

—¿De qué?

—De ser tu madre.

Un vivo carmín cubrió las mejillas de Paquito.

—¿Por qué dice eso?—preguntó, haciendo un esfuerzo.

—Es inútil que intentes disimular. Después de lo ocurrido el otro día no puedo dudar. Me has hecho aborrecer la vida, mirarlo todo con asco. Así, cuando seas libre...

—Pero, ¿qué intenta usted, madre?—preguntó el joven, sobresaltado.

—Quitarme esta vida que tanto me pesa... Poner los medios para que mis ojos de madre no puedan verte pendiente de una horca.

La voz de la infeliz sonó rota por un sollozo. Sintió Paquito que algo muy íntimo se estremecía en él.

—¡Está usted loca, madre!—murmuró.

—No. Tarde o temprano, será ese tu fin.

—Se equivoca usted. El ver que yo me impresionaba frente a un cadáver, no es motivo suficiente para que crea esas cosas... ¡Yo no he hecho nada, madre! La sangre de esa mujer no puede caer nunca sobre mi cabeza. ¿Por qué me acusa usted entonces de un acto tan horrible?

Abatió la artista la cabeza, como si así quisiese ocultar mejor su dolor.

—Por lo mismo que eres mi hijo, debes suponer que convencida debo estar para atreverme a acusarte—repuso con infinita amargura—. En el corazón de una madre hay siempre una disculpa para atenuar las malas acciones de los que llevan

su sangre. ¡Ni aun eso encuentro yo! Te denunciaste tú mismo con el horror que asomó a tu semblante, con el espanto del remordimiento que mostraban tus ojos.

—Se engañó usted. Yo seré todo lo malo que usted quiera hacerme; pero no soy criminal... ¡Eso, nunca!

—¿Qué pruebas puedes darme?

—Desgraciadamente, ninguna. Tiene usted que creerme solamente por lo que yo diga.

En el corazón de la infeliz mujer volvió a lucir una llamita de esperanza.

—Hay un medio—afirmó.

—¿Cuál?

—Hacer confesión ante la justicia de todo lo que has hecho hasta aquí. Decir tu verdadero nombre y devolver con ello a un inocente la honra y la libertad que le has quitado.

—¿Cree usted?

—Sí... Solamente con eso, tu madre moriría tranquila.

Medió entre los dos un silencio profundo. En la conciencia del joven, las palabras de su madre le habían dejado al descubierto toda una vida de infamias. Un conjunto de maldades que él había aceptado, primero por ignorancia, y que luego le habían ido atando sólidamente, sin que le fuese posible escapar. Pero en medio de aquellas certidumbres, la idea de ser rico, de continuar en el goce de todas las comodidades, seguía aferrada a su alma, clavándose en ella como una garra.

—¿En qué piensas?—le preguntó la atleta.

—En todo lo que hemos hablado.

—¿Y qué es lo que decides?

—Nada.

—Entonces, te denunciaré.

—¿Para qué? ¿Qué sacaría usted con ello? Escúcheme, madre. Si quisiéramos llevar las cosas a un terreno violento, usted no conseguiría nada. Primero, porque el delito que usted se figura no existe; después, que yo me negaría a reconocerla como madre... ¿No lo comprende?

—No importa... Mi conciencia, al menos, quedaría tranquila.

—¡Bah! Hay otros medios. Así como usted tiene sed del cariño de un hijo, yo la tengo también del de una madre. Unámonos en el silencio. Lejos de aquí, retirada de su profesión, viviremos juntos. Estoy seguro de que mi acriño hacia usted será tan grande, que ello le hará ol-

vidar todo este pasado, que yo soy el primero en lamentar.

—¿Y de qué viviremos?

—De mi dinero.

—¿De tu dinero? Pero, ¿es que no recuerdas que el que tienes es robado? ¡Qué poco me conoces! Tan poco, que será necesario que yo te diga lo que pienso. Oyeme. Si antes de veinticuatro horas no sale de la cárcel ese infeliz que gime en ella por causa nuestra, yo misma presentaré al juez la denuncia contra ti.

Desde la puerta, tras de cuyo cortinaje había estado oculto, le llegó la voz sonora de Fernando.

—Hágalo. Pero antes yo le diré lo que puede conseguir—dijo el miserable, avanzando hacia ella.

—¿Quién es usted?—preguntó la artista, palideciendo.

—Es mi amigo Fernando—contestó Paquito.

Al oír el nombre de aquel malvado, toda la sangre que había en las venas de la atleta acudió a su rostro, coloreándolo. Repentinamente se puso en pie. Su mano derecha atenazó con increíble fuerza el brazo del miserable, mientras ella le escupía al rostro sus insultos.

—¡Malvado! ¡Canalla! ¿Qué clase de hombre ha hecho usted de mi hijo? ¿Por qué lo cogisteis inocente, para encanallarle el alma y hacerle un instrumento inconsciente de vuestros planes?

Notó Paquito que su cómplice se retorcia bajo la violencia del dolor que las manos de hierro de la artista le producían.

—¡Déjelo, madre!—pidió—. Si continúa apretándole, terminará por romperle el brazo.

—¿Y qué?

—Está usted equivocada, señora—pudo, al fin, decir Fernando—. Ni su hijo, ni nadie, puede reprocharme a mí nada.

—Eso ya lo veremos.

—Estoy dispuesto a probárselo.

—Le escucho.

—Es cierto, sí, que entre mi padre, Arturo y yo, ideamos lo de la suplantación de nombre. Pero es que entonces nosotros no creíamos hacer ningún mal con ello, puesto que estábamos convencidos de que el verdadero Arturo Ródenas había muerto en el mar.

—Eso está bien para explicar lo de en-

(Se continuará.)

Magnífica colección de 40 cuadernos, que constituyen otros tantos episodios de las extraordinarias aventuras de un grupo de exploradores franceses que dan la vuelta al mundo en reñida competencia con otro grupo de exploradores ingleses. " "

El As de los Boy-Scouts

Por Jean de la Hire

He aquí los sugestivos títulos de los episodios.

1. El correo aéreo.—2. El auto sitiado.—3. El deporte diabólico.—4. La clave del misterio.—5. La reina de los «tuareg».—6. Las fieras del lago Chad.—7. Los últimos antropófagos.—8. Un radiograma extraño.—9. El drama etiópico.—10. Regatas interesantes.—11. El misterio del Titán.—12. La aventura india.—13. El rubí viviente.—14. Los piratas chinos.—15. El tesoro de los mogoles.—16. La lucha por la vida.—17. El terrible Ojo de Lince.—18. En el país de los osos.—19. La ciudad misteriosa.

20. El navío maldito.—21. Los robinsones polares.—22. Los rivales de Amundsen.—23. El abrazo polar.—24. En el fondo del mar.—25. El duelo supremo.—26. La inmensa tragedia.—27. La venganza de los thugs.—28. La banda de los proscritos.—29. El saco maldito.—30. La choza aérea.—31. Hermoso desquite.—32. La corriente interoceánica.—33. El ataque de los patagones.—34. Los cautivos.—35. El fantasma y el solitario.—36. Los delfines del Orinoco.—37. Los revolucionarios mejicanos.—38. Las caperuzas grises.—39. La reanudación de un «match».—40. Bajo el Arco del Triunfo.

**LECTURA INSTRUCTIVA Y AMENA
PARA LA JUVENTUD. " " " "**

Por episodios sueltos: 30 céntimos ejemplar. —::— Colección, 10 pesetas

Pedidos a Editorial Guerri, colectivizada. — Valencia